EL NOVENO PISO



ANDREY
RAMÍREZ
QUIRÓS

DIABLO TRAVIESO EDITORIAL

LIBRERÍA DEL TERROR Nº 2

El Noveno Piso

Andrey Ramírez Quirós



Librería del Terror

Nº 2

Por fin pasamos el último retén. Ahora subimos las escaleras. Como el balar de algún rumiante, el viento atraviesa el sonoro repiqueteo de las latas de zinc que, en medio de esta edificación a medio construir, o demoler, suenan como el batir de almas en pena. Por lo menos así me lo imagino. Llego a este lugar por mi primo Joe, quien me consiguió el trabajo. Lo vio anunciado en un volante que se encontró en la calle. No hicieron muchas preguntas. Buena opción ante el aterrador desempleo que azota todo el país. Si me pongo a pensar, ese sería el verdadero horror, y no la pesadilla que poco a poco ha venido restándome la cordura.

Toda la obra gris asemeja el altar de algún dios antiguo. Es una edificación rústica, a pesar de ser moderna, a la cual me han contratado para que le dé cuido. Algo que me ha llamado poderosamente la atención es ver que aquel sitio se encuentra en una zona con mucha custodia policial, esto a pesar de ubicarse prácticamente en medio

de la nada. El murmullo del viento prosigue su marcha, atravesando aquel esqueleto metálico cuyo eco puede helar hasta los huesos.

¿Qué mierda es esto? No me gustaría imaginarme este sitio de noche, con las sombras de las vigas proyectadas a la luz de estos días de luna llena, o con ese sonido que quiere taladrar mi cabeza como si de alguna bestia perversa se tratase. Tengo órdenes estrictas de por ningún motivo salir de ahí.

—Estas son sus cosas, Abelardo. Aquí es donde va a dormir —me explica Wendell, el maestro de obras y principal responsable de que no se roben nada—. Ya sabe, mi herma. Anda por ahí un gatito al que hay que darle comida. Ya lo va a conocer. Nos hicimos amigos de él por lo de los roedores, usted me entiende. Pero, sobre todo, ojo al Cristo con las herramientas. No vaya a ser que se metan y usted aquí de soplas.

Remata con tales palabras y con eso me deja más intranquilo que seguro. En mi vida he tenido pocos amigos y, a mis treinta y dos años, solo he tenido una novia, la cual empezó a andar conmigo únicamente para darle celos a un vendedor de drogas del que ella se estaba divorciando. No sé qué puede ser, en la existencia terrenal, más patético.

Lo que me mantiene con buen ánimo son algunas chambas que puedo conseguir ocasionalmente, tales como esta. Sin embargo, hace un par de años comenzó a aparecer de manera recurrente una tremenda pesadilla que, al ser tan vívida, me da hasta miedo dormirme, pues me obligaba a despertarme por lo grotesco de tan macabras

ensoñaciones. Resulta que fue unos tres meses después de aquella dolorosa ruptura sentimental —a la cual le di gracias al Universo cuando entré en razón— cuando se originó este lapso de mi historia. Pero siempre es lo mismo.

Me encuentro con un grupo de mujeres muy hermosas dentro de una piscina. Todas ríen mientras me ven hacer un chapuzón. Unas nueve, para ser exacto. En el agua, la cual nos llega hasta medio torso, jugamos como en cualquier escena juvenil de antaño, de esas donde las personas solo están divirtiéndose.

La humedad de los cuerpos de aquellas bellezas, al ser traspasada por el sol, recuerda a los cuadros del afamado Joaquín Sorolla. Aquellas imágenes de los niños en la playa, en particular. Las hay rubias, morenas, de rasgos indígenas, mulatas. En fin, un artificio de pura lujuria.

Yo soy el único hombre entre ellas, por lo tanto, cuando creo, entre grandes risotadas, que ya vamos a pasar a la acción, como en una estampida, el sol comienza a oscurecerse. Las muchachas que antes estaban alegres se tiñen del pánico más brutal hasta desfigurárseles el rostro.

Después viene lo peor. Un chorro intenso de sangre les empieza a salir de la vagina, a todas. En cuestión de segundos, la piscina se vuelve del rojo más intenso, mientras una a una, muerta, se desploma para ser abrazada por las aguas.

No puedo explicar mi lamento, que a su vez nace no solo del impacto visual de tal escena, sino de aquel monstruoso sentimiento de impotencia que, sin piedad, osa azotarme. El mayor retrato de cuando lo hermoso se

vuelve desgracia.

No puedo hacer absolutamente nada por ellas, y por eso amanezco con aquel sentimiento de dolor, como si de un *seppuku* japonés se tratase. Todas las noches solo me espero a que ellas mueran, y sigo experimentando el mismo sentimiento de culpa ante el no hacer nada.

Estoy solo. Wendell se fue, no sin antes darme sus últimas indicaciones: no dejar el tubo del baño abierto y jalar la cadena. Pues bueno, ha de ser un tipo muy profundo.

No sé si lograré quedarme aquí toda la temporada. Acepté este puesto por la necesidad, obviamente, pero también para salir de la casa familiar y, según mi pobre criterio, dejar de tener tan anómalas creatividades para centrarme en un ambiente laboral, entre comillas, sano. Parece, si por la víspera se saca el día, que este no va a ser el caso.

Me ubicaron en el piso número nueve. Los demás niveles no están acabados. En realidad, nada está acabado aquí. Me recuesto en un lecho que parece como para un indigente, compuesto por algunos cartones, una almohada vieja, un colchón sin lavar y un par de cobijas que huelen a moho. Bajo techo, pero sin cubículo. En fin, no le puedo pedir más a la vida.

Soy de los que ni siquiera terminaron sus estudios. En mi caso, Derecho en una universidad pública. Ahora vienen los arrepentimientos. Ya sé que mis aspiraciones en la vida no pueden ser muy altas. Caigo dormido. Lo sé. Otra vez están las chicas, la piscina; experimento la más

espantosa de las anomalías. Todo estalla en un mar de sangre cuando veo su bello cutis volverse gris, mis amadas muchachas.

En eso, alguien me sacude el hombro con fuerza, y no es una de ellas.

—Aaaaaaahhhhh —pego un descomunal grito—. ¿Quién es usted?

—Es usted Abelardo, ¿verdad? Yo soy Jauma, el que cuida la otra parte del edificio. Resulta que estaba haciendo una inspección de rutina y escuché sus alaridos.

—Perdón, es que he estado teniendo algunos inconvenientes para dormir. Nadie me comentó de su presencia en este edificio.

—Ya veo.

Ese sí es un personaje bastante extraño. A la luz de alguno de los postes frontales del edificio logro apreciar su porte. Viste enteramente de negro; más parece un sepulturero que un albañil o un celador. Tiene el cabello largo, despeinado hacia la cara, impidiendo un poco verle sus facciones. Tiene vello facial, como si tuviera una semana sin afeitar. Su estatura y complexión contrastan claramente con la mía, pues soy más bien bajito y algo gordo. En eso, su mirada penetra como una daga el iris. Me la sostiene hasta hacerme sentir incómodo y, sin reparos, me dice:

—Son ellas, ¿no es cierto? No puede hacer nada para salvarlas.

No concibo manifestar aquí cómo se me pulverizó el corazón. Tanto, que me costó sobremanera pronunciar palabra.

—¿De qué me está hablando?… No entiendo.

—No, lo digo por lo de los gritos. Mencionaba que no quería que "ellas se murieran".

Me dijo que lo acompañara a su cabina, que allí tomaríamos algo de té de melocotón o café, si así lo deseara, como para calmarme. Vaya ofrecimiento.

Bajamos por aquellas tétricas escaleras que me recordaron a algún cuadro de Escher que vi en un libro de arte que robé del colegio. Un buen juego de aquellas imaginaciones imposibles y figuras ciclópeas.

Ya una vez en la estancia, yo diría que rompimos algo más que el hielo. Un frío bestial invadía aquel desvencijado espacio y hacía pensar en lo necesario de un sistema de calefacción eficiente. De lo contrario, este compañero se iba a morir muy pronto. O, al menos, eso pensaba en medio de mis tremendas preocupaciones.

Me contó que tenía esposa y dos hijas, las cuales vivían en las afueras del pueblo. Desde que había aceptado este trabajo, seis meses atrás, no las visitaba. A veces le preocupaba que su esposa se estuviera acostando con algún amante de poca monta, pero bueno, era un riesgo por asumir en aras de llevar sustento al hogar.

La situación en donde vivían no era buena, pero, a pesar de todas las vicisitudes, no dejaba de amar a su familia.

Fue ahí cuando comencé yo también a contarle mi historia. No tenía a nadie que me esperara en casa. Mi relación con las mujeres no había sido en particular buena, menos la experiencia más reciente.

Debido a tales males, mi decisión de cuidar la construcción, o destrucción, la había contemplado como una especie de claustro, más que escapatoria. Ese sería un verdadero monasterio para mí. Lejos del mundo que tanto me etiquetaba por no haber podido alcanzar mis metas.

Agobiado por tales decepciones de mí mismo, opté por contarle lo de mis pesadillas. A lo cual, Jauma, luego de escuchar atento, comentó:

—Aquí me parece que hay una representación de la conciencia que no podemos pasar por alto. Sin embargo, son unos símbolos que no logro identificar. Solo usted tiene las respuestas en su mente para tales inquietudes.

—Me parece que es usted muy agudo para tratarse, no me lo tome a mal, de un celador de un edificio que parece en ruinas.

—Las apariencias engañan, mi hermanito. Desde muy chico cultivé el hábito de la lectura, por lo que le doy gracias a todos los santos del catolicismo por no haber torcido mi camino en drogas o alcohol, que es lo mismo. Pero ahora siento al tiempo jugándome una última carta, la del olvido. En fin. Si no fuera por los libros, yo sería un verdadero bárbaro. Esa es la deuda tan grande que le tengo a tales objetos. Ahora bien, volviendo a su caso, me permito aconsejarle lo siguiente. Claro, solo si usted lo permite.

—Por supuesto —contesté, pues no tenía nada que perder.

Salí muy confundido luego de mi reunión con semejante personaje, no sin antes agradecerle por el té, las galletas de avena y la tertulia. De verdad que lo menciona-

do por él me parecía un disparate. No obstante, intentarlo no sería ningún mérito, si es que lo recordaba.

Decidí dar una caminata por aquella laberíntica estructura. Ya había revisado mis provisiones, todo en orden. Tenía para una semana y media más. Apenas para la llegada de Wendell.

Desde ayer he intentado llamarlo a él y a mi primo Joe para hacer algunas consultas, sin obtener respuesta alguna. Pésima señal.

Siento que, al andar, navego por la espalda de un fiero coloso. El canto de los pájaros de la mañana se escucha metálico al atravesar aquellos barrotes y láminas mal colocadas. Es como un susurro particular; viene con fuerza de los escombros.

Al frente, el horizonte es laminado por el verde prado, con algunas diminutas motas que han de ser bestias de repasto. Tal escena ahora se va tornando gris con aquellas nubes que llegan a darle consuelo a la atmósfera, y todo lo van tiñendo de opaco.

A veces he pensado en usar un cordel como Teseo hizo al escabullirse de aquel laberinto, pues me da un irracional temor adentrarme por aquellos corredores con pinta de interminables. Todo lo he revisado. Es hora de dormir. Voy con emoción para poner en práctica lo recomendado por mi tan extravagante nuevo amigo.

Pasa media hora, cuarenta minutos, una hora, dos, tres, y el sueño nunca llega. Es una locura. Usualmente no padezco insomnio. Pero ha de ser la emoción la que no me da tregua esta noche. No es broma. No conseguí conciliar

sueño ni reposo alguno. Como un zombi, doy una mirada a aquel esqueleto de hormigón y hierro que me alberga en sus entrañas, el cual, se supone, he de cuidar para evitar un hurto, sepa Judas de qué.

Ni siquiera veo herramientas con un valor de esos como para tomarse la molestia de subir hasta aquí y sortear toda aquella vigilancia policial. ¿Cuál será el tesoro?, me pregunto todavía anonadado por tanta intriga. Con torpeza por la falta de descanso, siento como algo que, de la nada, roza mi hombro, y pego un alarido.

—Oiga, mi compa. Tranquilo. ¡Usted sí que está nervioso!

—Perdón, Jauma. Es que no pude dormir ayer.

—Pero vamos a ver, Abelardo. Deje que las cosas simplemente fluyan. Como el *wu wei* del que habla el taoísmo.

—No sé qué es esa carajada del taoísmo, pero lo que sí sé es que estoy a un palmo de volverme loco.

—Por favor, maestro. Usted es un campeón. Va a poder lidiar con esto. Se lo aseguro. No pierda ese ímpetu para afrontar las cosas.

—De verdad, de mí solo hay agradecimiento por esas palabras tan bondadosas. Voy a ver si me las termino creyendo.

—Es la verdad. Hágale la fuerza para ver solo la parte brillante del asunto, y verá cómo todo comienza a andar.

Nos despedimos con un fuerte apretón de manos en señal, al menos de mi parte, de franca camaradería. Me gustó eso de "ver solo la parte brillante del asunto".

Al ver a este hombre alejándose, y con esa frase retumbando en mi cabeza, noté algo extraño en mi compañero de trabajo. Pensé que se debía a un problema de ángulo visual, pero…

En eso sonó mi teléfono.

"Abelardo, saludos. Soy Franklin, el otro maestro de obras. Wendell no puede ir a dejarle los víveres dentro de semana y media, pues le salió ir a inspeccionar otro proyecto. Entonces, voy a llegar mañana a las seis, bien temprano. ¿Todo en orden?"

—Sí, señor, todo en orden. Me sorprende que me haya entrado la llamada. Viera qué mala es la señal aquí.

—Le creo. Eso me pasa siempre en ese lugar.

—Me imagino. Por cierto, viera que ya conocí a Jauma. Me parece que…

—Excelente. Mañana le llevo comida a ese necio también. Feliz tarde.

Esa sería mi gran noche. Agotado por la carencia de sueño, me tumbé en el camastro sin novedad desde el frente. Pero debo admitir: muy nervioso.

En un rato ya estaba entrando en el túnel. La inconsciencia demoró un instante en salir del estancamiento. La composición pictórica era tal como sucedía todas las noches. Se repetía sin dejar cabo suelto.

Muerto de miedo, como de costumbre, tomé a cada una de las bellas jóvenes que, sin vida, flotaban ya en la piscina. Las coloqué a la orilla, siguiendo lo indicado por mi tan ocurrente amigo, pensaba, de una mente quizá más perturbada que la mía.

Fiel a las recomendaciones, tomé agua con sangre de la piscina y se las empecé a escupir una a una hasta bañar sus maravillosos cuerpos. Al completar las nueve, de repente, comenzaron al unísono a recobrar vida.

Mi corazón estalló de alegría. Todas me miraron, aún con el cuerpo ensangrentado, con una mueca de alegría muy difícil de borrar de la memoria.

En eso desperté al escuchar un estruendo acercándose por las paredes del edificio. Era el susurro de nuevo de los escombros que aún no habían podido recoger, exactamente al frente de donde me encontraba. Sentí como que el corazón se me saliera del pecho. Pero, luego de un rato, solo un par de palomas salieron despavoridas de entre unas láminas de aluminio. Casi me desmayo.

Luego de sentir un mareo intenso, fui a buscar la habitación de Jauma. No podía esperar para contarle lo de mi experiencia. Para agradecerle por el consejo que me había dado y por cómo este había surtido el efecto esperado. Lágrimas de alegría surcaron mi abatido rostro. Mi grado de satisfacción era indescriptible. Había sorteado el mal.

Pero lo que ocurrió después fue algo de lo más espeluznante que, a manera de sorpresa, le puede pasar a un ser humano; tanto, que sentí un agudo dolor brotándome del pecho mientras las luces del entorno se apagaban o se tornaban borrosas.

El cuarto no estaba. Lo busqué con desesperación. Fue inútil. No existía en aquel monstruo de acero y hormigón donde me había estado ocultando.

Imposible. ¡Pero este me había llevado un par de días atrás!

Busqué y busqué. La respuesta siempre fue "nada".

Me horroricé aún más cuando oí:

—¿Y entonces, Abelardo, siempre tan activo?

Se trataba de Franklin. Miré con demencia mi reloj y, en efecto, eran las seis de la mañana en punto. El sujeto tenía pinta de banquero, aunque con un aire de tener problemas con el alcohol.

—No, al contrario. Se me pegaron un poco las cobijas, yo sé. Pero, de todas formas, según el contrato, mi faena de inspección comienza a las seis y media.

—Por supuesto. Estoy al tanto. Aquí están los víveres.

Recibo solo una bolsa grande con latas, pastas, salsas, frijoles molidos y café. Pero me parece un tanto escueta para ser solo para mí. Entonces, manifiesto la inquietud.

—¿Y la comida de Jauma?

—Por supuesto. Aquí tiene.

—Disculpe, Franklin, ¿es esto una broma?

Fue una locura. De una caja sacó una pequeña bolsa de comida para gatos. Anonadado, me preguntó por qué le decía eso. Entonces, intenté disimular lo que pude, para no pecar de loco, aunque ya para aquel entonces era demasiado tarde.

Recordé el detalle de la tarde anterior, el cual me heló la sangre hasta llegar a lo indescriptible. Había notado que, a la luz del día, y comparándolo con las vigas que sobresalían por el techo entre pisos, nuestro otro cuida-

dor… no proyectaba sombra.

Pensé que era un efecto visual producto del cansancio y no le había prestado importancia, pues había sido cuestión de un segundo.

—No, si esta es la comida que más le gusta. Es un gatillo muy singular. Pocas veces se deja ver. No sé si Wendell le había comentado. Él mismo fue el que lo bautizó así.

—No, no me dijo nada al respecto, quiero decir, de que fuera peculiar. Franklin, ¿le puedo hacer una pregunta? —digo esto mientras siento como que me voy a desmayar.

—Sí, claro.

—¿Por qué es que se fue el otro celador, el que yo tuve que sustituir?

—Bueno, no estoy autorizado a brindar tales informaciones. Pero la verdad no es tan importante. Es una tontería. Resulta que llegó a decir que en esta edificación a veces pasaban cosas raras, como que se cumplían los deseos. Imagínese tamaña estupidez. Claro, se lo mencionó a Wendell, y este le dijo que era mejor que se retirara. Que aquí solo trabajaban personas serias.

—Perdone. A todo esto, quisiera saber un asunto. Cuando fui contratado se me dijo que debía cuidar el edificio porque era muy importante. Pero en estos tres días que he estado aquí, no sé de qué va este asunto. No he visto a nadie que venga a hacer ningún trabajo. Nada de nada. ¿Me podría orientar al respecto?

—Le voy a ser sincero, Abelardo. Ni yo lo tengo

muy claro. Hace un mes empecé labores en este lugar. Al principio, así fue todo. Un puro misterio. Incluso, una de las cláusulas del contrato era no indagar mucho. No sé, a estas alturas del partido ni me interesa ya. Solo hago mi labor y punto. Ahora, si me disculpa, mi hermano, necesito inspeccionar otras obras, las cuales, a decir verdad, tampoco sé de qué van. Tenga un feliz día.

No esperé mucho luego de nuestra despedida. Sentí que me había derrumbado junto con todo aquel conjunto de desvencijados recintos. Con desesperación entendí que nunca había estado seguro en esta cumbre. Un viento helado sopló, trayendo consigo el tan conocido estruendo.

Ante mi quebrantado espíritu, camino sin rumbo tratando de entender qué fue lo que me pasó. La desesperación, como un canto ajeno, comienza a anidar en mi atormentada cabeza, quizás para indicarme lo deforme de mis esperanzas.

Pero mis cavilaciones son interrumpidas por un esotérico mantra. Es el ronroneo de un gato.

Lo veo. Está a mis pies. Es completamente blanco. Me ve con desencanto. En su mirada reconozco el miserable destino de lo que alguna vez platiqué.

Se trata del celador anterior, el cual alguna vez soñó que quería ser gato.

En eso, me entra una tentación demoníaca de ver de nuevo mi teléfono. Y ya en su contemplación lo entiendo todo. La persona que veo en el reflejo de la pantalla no soy yo mismo.

¡No soy Abelardo! ¡Soy Wendell!

El mismo que alguna vez deseó ser un don nadie para no tener tantas responsabilidades. El pecho me presiona. Me estoy ahogando. Es ahora cuando, lejos ya de aquel animal, de aquella presencia, me paro en una viga metálica a la orilla del noveno piso, del que hasta hace poco era mi hogar, mi cárcel. Uno de tantos que componen esta torre de cubículos inconclusa. Observo hacia la inmensidad que abajo me espera.

Y sé que caeré de nuevo a mi tan preciada piscina.

diablotraviesoeditorial@gmail.com
Librería del Terror
N° 2

Este relato forma parte de la colección

LIBRERÍA DEL TERROR

Una serie de relatos digitales publicados por
Editorial Diablo Travieso.
Cada número presenta una historia independiente
donde el terror, la locura, el simbolismo
y lo inexplicable encuentran nuevas formas
de manifestarse.

